

## El testamento

---

*A Pablo Hervieu.*

Conocía mucho á aquel buen mozo que se llamaba Renato de Bourneval. Era amable aunque algo triste, parecía estar desengañado por completo; se advertía de buenas á primeras que era escéptico con escepticismo mordaz, que con sólo una palabra deshacía una de las hipocresías humanas. Repetía muy á menudo: «No hay hombres honrados, ó por lo menos sólo lo son por comparación con otros mucho más canallas.»

Tenía dos hermanos con quienes no se trataba: los señores de Courcils. Varias veces me habían hablado de un caso raro que ocurrió en el seno de aquella familia; pero sin darme ningún detalle.

Como Renato me era muy simpático, pronto fuimos amigos. Un día que comí solo con él en su casa, se me ocurrió preguntarle:

—¿Es usted hijo del primero ó del segundo matrimonio de su señora madre?

Vi que palidecía ligeramente y que después se ruborizó; quedando unos instantes como cortado, sin saber qué contestar.

Luego sonrió de un modo cariñoso y melancólico, que le era habitual, y contestó:

—Si no he de aburrirle, amigo mío, voy á darle respecto de mi origen unos singulares detalles. Sé que es usted un hombre inteligente y no creo que por ello se entibie nuestra amistad; pero si así fuere, poco me importaría entonces ser su amigo.

Mi madre, la señora de Courcils, era una pobre mujercita cuyo marido se casó con ella por interés. Durante toda su vida fué una mártir. Cariñosa, tímida, delicada, la trató brutalmente el que debiera haber sido mi padre, uno de esos rústicos á quienes se llama hidalgos de pueblo. Al cabo de un mes de matrimonio dormía con una de las criadas. Tuvo además por queridas á las mujeres é hijas de sus colonos, lo cual no le impidió tener dos hijos

con mi madre; debiera decir tres, contándome á mí. Mi madre no se quejaba. Vivía en aquella casa siempre ruidosa, como uno de esos ratoncitos que se deslizan por debajo de las sillas. Tímida, temerosa, miraba á la gente con sus ojos inquietos y claros, ojos de un pobre sér despavorido que nunca se ve libre del miedo. Era, sin embargo, linda, muy linda, rubia, de un rubio gris, como si sus cabellos quedaran algo descoloridos por sus incesantes temores.

Entre los amigos del señor de Courcils que acudían á menudo á la quinta, había un antiguo oficial de caballería, viudo, hombre temido, tierno y violento, capaz de las más enérgicas resoluciones, el señor de Bourneval, cuyo nombre llevo. Era un mocetón cenceño, con grandes bigotes negros. Me le parezco mucho. Había leído y no pensaba como los hombres de su clase. Su bisabuela había sido amiga de J. J. Rousseau y dijérase que había heredado algo de aquella intriga de una de sus antepasadas. Se sabía de memoria el *Contrato Social*, la *Nueva Eloisa* y todos esos libros filosóficos que han preparado desde lejos el futuro enderrocamiento de nuestros antiguos usos, de nuestros prejuicios de las rancias leyes y de la moral imbécil que profesamos.

Parece que amó á mi madre y que fué correspondido. Aquel amor se mantuvo tan secreto que nadie lo sospechó. La pobre mujer, abandonada y triste, debió aferrarse á él de un modo desesperado y adoptar, á consecuencia de su trato, todas sus ideas, las teorías del libre sentimiento, las audacias del amor independiente; pero como era tan tímida que no se atrevía siquiera á hablar alto, todo aquello fué rechazado al fondo de su corazón, que no se abrió jamás.

Mis dos hermanos se mostraban duros para con ella, y, como su padre, no la acariciaban nunca. Acostumbrada al poco caso que se hacía de ella en la casa, la trataban como á una criada ó poco menos.

Yo fuí el único de sus hijos que la amó verdaderamente y á quien ella amó.

Murió. Tenía yo entonces dieciocho años. Debo añadir, para que comprenda usted lo que sigue, que su marido estaba bajo tutela judicial y que, gracias á los agarraderos de la ley y al celo de un notario, se obtuvo una sentencia de separación de bienes en favor de mi madre, que conservó la libertad de testar como en gana le viniera.

Supimos que en casa de ese notario había un tes-

tamento y se nos invitó á que asistiéramos á su lectura. Recuerdo todo ello como si fuera ayer. Fué una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, originada por la rebelión póstuma de la difunta, por un grito de libertad, por la reivindicación que del fondo de su tumba exigía aquella mártir abrumada en vida por nuestras costumbres y que lanzaba, á través de las tablas de su ataúd, un llamamiento desesperado de independencia.

El que se creía mi padre, un hombrachón sanguíneo, que parecía un carnicero, y mis dos hermanos, dos robustos muchachos de veinte y veintidós años, esperaban tranquilos en sus asientos. El señor de Bourneval, invitado al acto, entró y se colocó detrás de mí. Llevaba ceñida la levita y se morisqueaba á menudo el bigote, que ya tenía algunas canas. Esperaba sin duda lo que iba á ocurrir.

El notario cerró la puerta con doble vuelta y empezó la lectura, después de romper el sello de lacre rojo del sobre, cuyo contenido ignoraba.

Mi amigo calló de pronto, se levantó para buscar en un escritorio un papel que desplegó y besó, y añadió:

— He aquí el testamento de mi querida madre

«Yo, la abajo firmada, Ana, Catalina, Genoveva, Matilde de Croixluce, esposa legítima de Juan, Leopoldo, José, Gontrán de Courcils, sana de cuerpo y de espíritu, expreso aquí mis últimas voluntades.

»Pido perdón, primero á Dios y después á mi querido hijo Renato, por el acto que voy á cometer. Creo que mi hijo tiene bastante corazón para comprenderme y perdonarme. He padecido durante toda mi vida. Se casaron conmigo por cálculo y luego fuí despreciada, oprimida, nunca comprendida y siempre engañada por mi marido.

»Se lo perdono; pero nada le debo.

»Mis hijos mayores no me han querido, no han sido cariñosos conmigo, apenas me han tratado como madre.

»Me porté con ellos, en vida, como debía; nada les debo después de muerta. Los lazos de sangre se rompen sin la afección constante, sagrada de todos los días. Un hijo ingrato es menos que un extraño; es culpable, porque no tiene derecho á tratar con indiferencia á su madre.

»Siempre temblé ante los hombres, ante sus leyes mismas, ante sus costumbres inhumanas, ante sus prejuicios infames. Ante Dios, no temo. Muer-

ta, rechazo la vergonzosa hipocresía; me atrevo á decir lo que pienso, á confesar y firmar el secreto de mi corazón.

»Dejo, pues, en depósito toda la fortuna de que la ley me permite disponer, á mi querido amante Pedro, Germer, Simón de Bourneval, para que la entregue después á nuestro querido hijo Renato.

(Esta voluntad está, además, formulada, de un modo más detallado, en un acta notarial.)

»Ante el Juez supremo que me oye, declaro que hubiera maldecido el cielo y la existencia á no ser por la afección profunda, desinteresada, tierna, inquebrantable de mi amante, si no hubiera comprendido en sus brazos que el Criador ha hecho á los hombres para amarse, consolarse, sostenerse y llorar juntos en las horas de amargura.

»Mis dos hijos mayores tienen por padre al señor de Courcils. Renato solo debe la vida al señor de Bourneval. Ruego al Dueño de los hombres y de sus destinos que padre é hijo desprecien los prejuicios sociales, que se amen hasta su muerte y que me amen aún en mi tumba.

»MATILDE DE CROIXLUCE.»

El señor de Courcils se levantó gritando: «¡Esto es el testamento de una loca!» Entonces el señor de

Bourneval dió un paso y declaró con voz recia é incisiva: «Yo, Simón de Bourneval, declaro que este escrito dice la estricta verdad. Estoy dispuesto á probarlo por las cartas que poseo.»

El señor de Courcils se le acercó. Creí que iban á pelearse. Ambos eran altos y fuertes, uno grueso, flaco el otro, ambos temblaban. El marido de mi madre articuló balbuceando: «¡Es usted un miserable!» Mi padre dijo en tono vigoroso y seco: «Nos encontraremos en otra parte, caballero. Ya le hubiera abofeteado y provocado hace mucho tiempo si no hubiera sido por respetar, durante su vida, la tranquilidad de la infeliz mujer á quien tanto ha hecho usted padecer.»

Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Es usted mi hijo. ¿Quiere usted seguirme? No tengo derecho á llevármele, pero me lo tomo si quiere usted acompañarme.

Le apreté la mano sin contestar. Y salimos juntos. Estaba medio loco.

Dos días después el señor de Bourneval mataba en desafío al señor de Courcils. Mis hermanos, por miedo á un escándalo tremendo, callaron. Les cedí y aceptaron la mitad de la fortuna que dejó mi madre.

He tomado el nombre de mi padre verdadero, renunciando al que la ley me reconocía y que no era el mío.

El señor de Bourneval murió hace cinco años; aun no me he consolado de su pérdida.

Se levantó, dió unos pasos, y mirándome me dijo: «Me parece que el testamento de mi madre es una de las cosas más hermosas, leales y grandes que una mujer puede realizar. ¿No lo cree usted así?»

Le tendí ambas manos: «De todas veras, amigo mío.»

LA BECADA

*El testamento - 2*

## LA BECADA

---

El viejo barón de los Ravots fué durante cuarenta años el rey de los cazadores de su provincia; pero desde hacía seis años una parálisis de las piernas le tenía clavado en su sillón. Sólo podía tirar á las palomas desde su ventana ó de lo alto de su gran escalinata.

El resto del tiempo lo pasaba leyendo.

Era un hombre de agradable trato que conservaba reminiscencias de la ilustración del penúltimo siglo. Se pirraba por los cuentos, por los cuentecitos verdes, y también por las aventuras reales acaecidas á sus amigos ó invitados. Apenas entraba un amigo en su casa le preguntaba:

—Veamos, ¿qué hay de nuevo?

Y sabía interrogar con tanta habilidad como un juez de instrucción.

Los días de buen sol, hacía rodar hacia la puerta su sillón, ancho como una cama. Un criado apostado á su espalda, tenía los fusiles, los cargaba y los entregaba á su dueño. Otro criado, oculto entre los árboles, soltaba una paloma de cuando en cuando, á intervalos irregulares á fin de que el barón no estuviera prevenido y sí preparado de continuo.

Desde por la mañana hasta la noche disparaba, contra las rápidas aves, deplorando cuando huían de improviso, riendo hasta saltársele las lágrimas cuando caían á plomo ó daban alguna voltereta inesperada y rara. Se volvía entonces hacia el criado que cargaba las armas y le decía, ahogándose de risa:

—¿Qué te parece, José? ¿Viste cómo ha caído éste?

Y José respondía invariablemente:

—¡Oh! El señor barón no yerra nunca el golpe.

En otoño, en la época de la caza, invitaba, como en otro tiempo, á sus amigos, y le gustaba oír las detonaciones lejanas. Las contaba y se sentía cuando las oía menudear. Y por la noche exigía de todos el relato detallado de su jornada.

Y se estaban tres horas de sobremesa explicando hazañas cinegéticas.

Eran unas aventuras raras é inverosímiles que halagaban el amor propio de los cazadores. Algunas se repetían todos los años. La historia de un conejo que el joven vizconde de Bourril no tocó en el vestibulo de su casa, les hacía desternillar de risa. Cada cinco minutos un nuevo orador decía:

—Oigo: «¡Brrri! ¡Brrri!» y una magnífica bandada se me levanta á diez pasos. Apunto: ¡pif! ¡paf! y veo que caen como moscas. ¡Maté sietel

Y todos, asombrados, y recíprocamente crédulos, se extasiaban.

Existe en la casa una costumbre antigua, llamada el «cuento de la Becada.»

Durante los días del paso de esa reina de la caza, se repetía la misma ceremonia, á la hora de la comida.

Como que el barón adoraba la incomparable ave, se servía una por barba; pero se tenía cuidado en dejar en un plato todas las cabezas.

El barón, oficiando como si fuera un obispo, se hacía traer un poco de grasa, ungió las preciosas cabezas con gran precaución, sosteniéndolas con la especie de aguja que les sirve de pico. Traían una



vela encendida, que colocaban junto al barón, y todos callaban esperando ansiosamente.

Luego cogía una de las cabezas preparadas de tal modo, la sujetaba con un alfiler, clavaba éste en un tapón de corcho; mantenía en equilibrio aquel aparato por medio de dos palitos que servían de balancines, y ponía delicadamente todo aquello sobre el cuello de una botella á manera de torniquete.

Los invitados contaban todos á una, con voz recia:

—Uno, dos, tres.

Y el barón, empujando con el dedo, hacía dar vueltas al juguete.

Aquel de los invitados ante quien se detenía el agudo pico, como designándole, era el dueño absoluto de todas las cabezas, festín exquisito que daba dentera á los demás.

Las tomaba una á una y las hacía asar á la llama de la vela. Crépitaba la grasa, humeaba la piel chamuscada, y el afortunado mortal devoraba el cráneo ensebado, sosteniéndolo por la nariz y lanzando exclamaciones de gusto.

Y cada vez los comensales, levantando las copas, bebían á su salud.

Luego, cuando había devorado la última, por orden del barón debía contar un cuento para indemnizar á los desheredados.

He aquí algunos de esos cuentos: